

Poesía de norte a sur. Cartas cruzadas entre Gabriel Celaya y Ricardo Molina

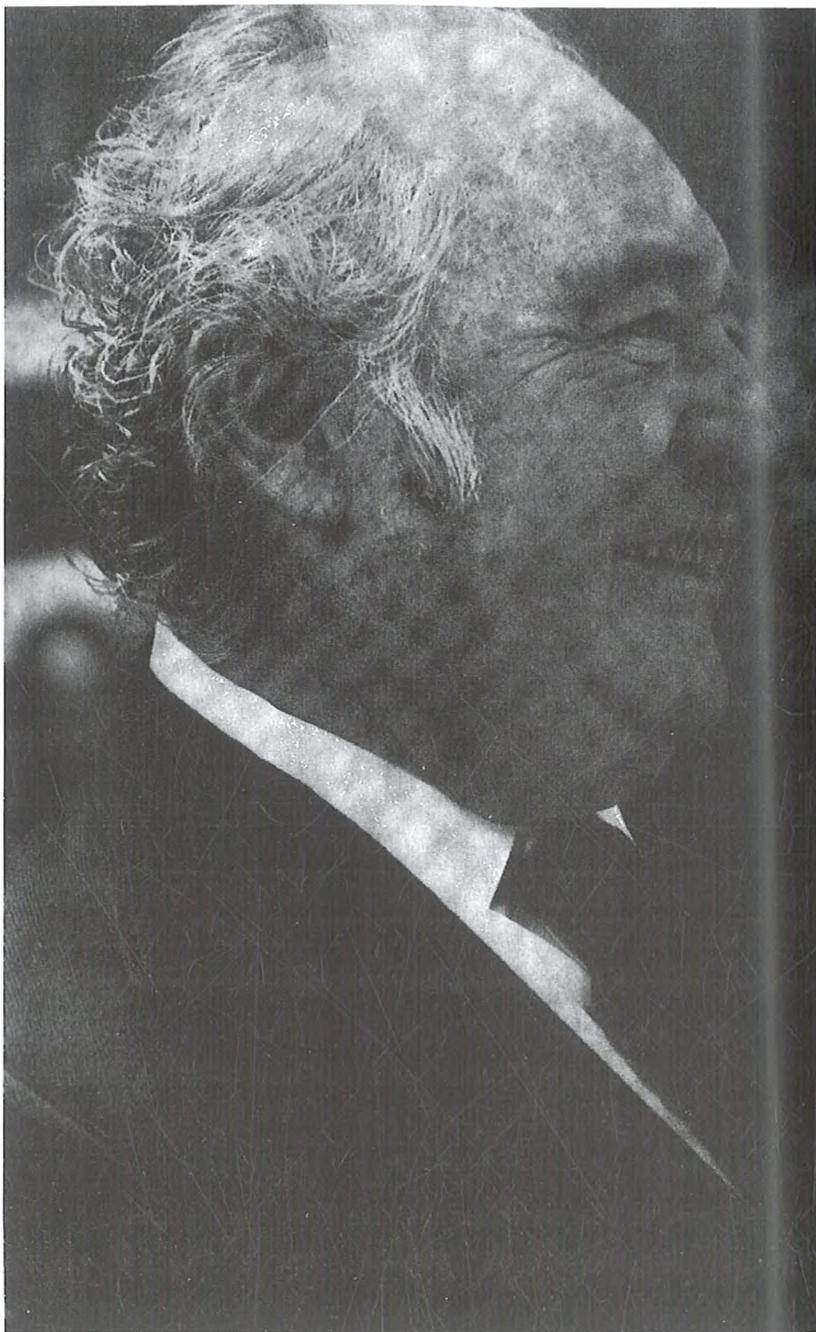
Olga Rendón Infante

El día de Nochebuena de 1947 Ricardo Molina le escribió la primera carta –de las veinte que se conservan– al poeta guipuzcoano Gabriel Celaya. No lo hizo a título personal; se dirigía en aquella ocasión al director de la Colección *Norte* en representación del grupo *Cántico*.

Es para nosotros un placer relacionarnos con el grupo literario *Norte* e iniciar con usted relaciones de intercambio. Así, con la esperanza de una futura compenetración, hoy le envió dos ejemplares de *Cántico* (nº 1 y 2) y varios boletines en los que se explicitan los fines principales de nuestra publicación.

Este comienzo repite la fórmula que Molina usaba para dar a conocer la revista. El autor de las *Elegías de Sandua*, que compaginó asombrosamente su absorbente y mal remunerado trabajo de profesor por horas con su labor como poeta, crítico y ensayista, fue además el responsable –junto con Pablo García Baena y Juan Bernier– de la dirección de la publicación cordobesa, y en última instancia, se erigió como relaciones públicas del grupo, encargándose de abrir el cauce de propaganda y divulgación de la revista. Para ello hizo acopio de direcciones de poetas nacionales y extranjeros, residentes en España o en el exilio, directores de revistas y colecciones poéticas,... y gracias a ello *Cántico* entró en el circuito de publicaciones nacionales de la época.

Hablamos de finales de 1947. En esos años de poesía arraigada y desarraigada, de *Garcilaso* y *Espadaña*, en esos años previos a la década de esplendor de la poesía social –que coinciden con los de mayor afluencia de correspondencia



Gabriel Celaya en 1973 (foto de Julio A. Gómez)

entre Celaya y Molina— la revista fundada por este grupo de jóvenes de provincias empieza a sonar modestamente como la propuesta estética con más fuerza del sur



Ricardo Molina

gracias, en cierta medida, al respaldo intelectual de Vicente Aleixandre y Gerardo Diego, entre otros. Los de *Cántico* lanzan la publicación con el propósito firme de dar a conocer sus propuestas poéticas y defender la autenticidad de las mismas partiendo de dos premisas fundamentales: crear una poesía alejada de cualquier compromiso ideológico que pudiera contaminar el lenguaje poético y enlazar su creación con la producción de aquellos andaluces que habían supuesto un referente para ellos antes de la guerra: Juan Ramón Jiménez en especial, pero sobre todo Cernuda, Aleixandre y los demás poetas del 27. De esta manera pretendían ocupar un lugar privilegiado dentro del panorama nacional de revistas literarias, sin pretender, por ello, estar a la moda.

El primer número de *Cántico* —constituido íntegramente por poemas de miembros del grupo— fue la carta de presentación de estos cordobeses pero, bajo esa implícita declaración de principios de convertirse en bastión de una nueva poesía del sur, no había paradójicamente ningún rechazo, ninguna cortapisa a la hora de contar

con posibles colaboradores para los siguientes números de la revista que, sobre todo en su segunda etapa, se convirtió en una ventana abierta a las aportaciones de poetas de diferentes puntos de la geografía nacional e internacional, paisanos

4 de Diciembre 1948

Sr. D..Ricardo Molina
Cordoba

Querido Ricardo: Aunque ando de prisa, no quiero dejar de mi enhorabuena por la publicación de tus "Elegias" en "Adonais". Anoche releí el libro y es realmente estupendo. Las selecciones suelen ser azarosas y la que tú hiciste para tu primer cuaderno de "Elegias" dejó quizás en la sombra, poemas que son de primer plano.

en el exilio y voces en otras lenguas; de hecho encontramos en la colección de *Cántico* números dedicados a poesías regionales (gallega y catalana) y extranjeras. A esto se añade que los jóvenes de *Cántico* nunca firmaron ningún manifiesto, nunca hubo un plan preconcebido de carácter político, sino meramente cultural; de manera que la revista estaba abierta a cualquier tipo de colaboración de calidad, auténtica y comprometida con la palabra, independientemente de la estética que se eligiera, de la ideología que la pudiera sustentar y de la lengua en la que se cantase.

Efectivamente, incluso los poetas de la meseta y del norte, aquellos que se posicionaban, en principio, alejados en estética e intención de esta escuela cordobesa, encontraron su hueco en la revista; tal es el caso de Blas de Otero, Victoriano Crémer, Leopoldo de Luis o el propio José Hierro, quien entabló amistad con Pablo García Baena a pesar de aquel aparente mal comienzo en el que Molina cuestionaba, en el primer número de la revista, la obra de Hierro ganadora del Premio *Adonais* del 47. De esta manera, se comprueba que esa aparente tirantez con respecto a los poetas etiquetados como «sociales» no se correspondía con la realidad. La admiración y amistad recíprocas parecían estar por encima de divergencias ideológicas y de distancias geográficas. Caso especialmente revelador y singular es el de Gabriel Celaya, autor de las cartas que ahora nos ocupan.

Las cartas originales, de las cuales se extraen los fragmentos reproducidos en este artículo, se conservan en los fondos de la biblioteca de Koldo Mitxelena Kulturunea, dependiente de la Diputación Foral de Guipuzcoa. Allí se pueden consultar no sólo aquellas que Celaya recibió de Ricardo Molina, sino incluso copias de las que él mismo envió a su amigo cordobés, pues parecía ser una cos-

tumbre en el vasco usar un pliego de calco al mecanografiar su correspondencia. Por otra parte, las cartas que éste remitió a Córdoba se conservan a su vez en el archivo de la familia Molina, actualmente en Barbate (Cádiz).

Contamos en total con cuarenta y cinco cartas inéditas: veinticinco firmadas por Celaya y veinte por Molina. La mayoría de ellas datan de 1948, diez de 1949 y tan sólo dos de enero de 1954, con motivo de la vuelta de *Cántico* después de años de silencio; es decir, los documentos conservados se circunscriben principalmente al periodo de esplendor de la revista. Concluida la etapa de *Cántico*, la correspondencia enmudece, y sin embargo, –y de nuevo el misterio que acompaña siempre a este tipo de material– quien pueda acceder a la lectura de las cartas, podrá advertir que la amistad que surge entre ambos remitentes

CÁNTICO

HOJAS DE POESÍA

5-2-48

DIRECCIÓN Y ADMÓN.:

CORONEL CASCAJO, 74. - CÓRDOBA

Sr. D. Gabriel Celaya
S. Sebastian.

Querido amigo,

respondo a tu carta que recibí ayer y que fue para mí una gran alegría. Me dices en ella que *mi voz* "te ha llegado" y yo me siento en ella "plenamente comprendido", por eso me permito tutearte y te respondo a vuelta de correo. Me produce un gracioso embarazo encontrar en la cartera – y siempre amistosa – crítica que haces de mis Elegías, conceptos y expresiones que yo te dedico en la nota de "Uziel" del próximo número *Uztiz* – llamada: la poesía de Gabriel Celaya. Hay en otras esta coincidencia « libro excepcional ».

parece traspasar lo estrictamente literario y que el interés por la persona –y no sólo por el poeta– tiene cabida en ellas. La cantidad de libros autógrafos de Celaya conservados en la biblioteca personal del poeta cordobés, los poemas dedicados, las mutuas reseñas de sus obras, el intercambio de colaboraciones y de poemas no necesariamente para ser publicados en la revista... parecen también demostrarlo.

La primera carta que Celaya le escribe a Molina –como respuesta a esa presentación del grupo *Cántico* que recibe en Navidad– lleva por fecha el 2 de enero de 1948 y en ella, desde las primeras líneas, encontramos esa intención sincera, firme, generosa de acercamiento, de amistad poética e interés personal que,

como acabamos de señalar, estará presente en el resto de la correspondencia. Así le escribe a Molina como representante del grupo:

Enhorabuena y adelante; y cuenten conmigo para todo lo que necesiten. Ustedes en su «Sur» y yo en mi «Norte», no estamos tan separados como esos nombres antagónicos podrían hacer creer. Leyendo sus poemas y sus notas críticas advierto que, en realidad, nuestras aspiraciones y quizás nuestros gustos, tienen muchos puntos de contacto. ¿Y cómo no? Siempre ocurre así cuando los hombres se atienen a su autenticidad.

Desde el comienzo tiene Celaya con los cordobeses un gesto de verdadera camaradería: ofrecerse como suscriptor de la revista para, tal como él mismo escribe, contribuir «en la medida de mis fuerzas a que una empresa tan noble y tan simpática como *Cántico* alcance toda la vida que merece» y, efectivamente, las aportaciones de los suscriptores eran vitales, ya que gracias a ellas se mantenían vivas las revistas, aunque luego sus editores tuvieran que seguir lidiando para conseguir la correspondiente autorización de la Dirección de Prensa.

Desde esa primera carta de enero del 48 Celaya comparte sutilmente con Molina la idea de que ambas publicaciones tan periféricas —y no sólo geográficamente hablando— corren peligro de ser excluidas del panorama poético y por lo mismo, deben ayudarse:

En realidad, somos muy pocos los que respondemos a demandas como las de *Cántico* y *Norte*, pero por lo mismo que somos pocos debemos agruparnos cordialmente, ayudarnos unos a otros, y prestarnos ese calor y ese estímulo que tanto favorece la obra creadora de cada uno. ¿Quiere volver a escribirme? Le aseguro que tiene en mí un amigo de verdad.

Molina, contagiado de las animosas palabras que han compartido en ese primer encuentro epistolar, le contesta el 18 de enero de 1948: «Si unimos nuestros esfuerzos con los de otros grupos literarios, podremos en un plano de elevada amistad y simpatía hacer mucho a favor del ambiente poético». Es esta una idea recurrente en el epistolario. El poeta de San Sebastián, en algunos momentos a lo largo de la correspondencia, le recuerda el vínculo común que mantienen al defender ambos su autenticidad poética. En agosto de 1948 le escribe por ejemplo:

Lo que hay que hacer, lo que tenemos que hacer, tú, García Baena, Rodríguez Segurado, yo y todos, es seguir escuchando, cada vez más en secreto, la voz que nos habla de dentro. El que sea auténtico acertará. Y, en último término, muchos de los que hoy nos creemos contrarios, quedaremos unidos en el juicio y la estimación conjunta de nuestra época. [...] Cuando uno habla de verdad –de su verdad– acaba siempre por encontrar quien lo apoye.

En Febrero reaparecerá
y reapareceré con él. Ampliado en pági-
nas y secciones, en inquietudes y en
propósitos; limitado en colaboraciones: sué-
ro hacer una revista seguramente selecta.
Cuanto contigo, para eso y con una docena
más de Poetas y nada más: confirmo
mi confianza en tu colaboración. Un
fuerte abrazo de
Ricardo Molina

Estos buenos propósitos de amistosa unión a favor de una empresa poética común dan pie a que entre ambos la correspondencia sea cada vez más fluida: en ese mes de enero y durante todo el año de 1948 llega, en algunos meses, a ser casi semanal. En sus cartas comienzan a compartir lecturas, impresiones, experiencias y proyectos poéticos e intercambian habitualmente colaboraciones y números de *Cántico* y de *Norte*, publicación de la que se hacen también suscriptores Bernier y García Baena, con los que igualmente termina Celaya carteándose.

El 11 de agosto del 48, a propósito de la buena acogida entre la crítica barcelonesa de la publicación en *Norte* de los *Tres poemas* de Molina, recalca el poeta vasco de nuevo la idea de la esencialidad poética que los vincula, del «tono común» –como llega a decir– que los une de un punto a otro del país. Le escribe con entusiasmo:

¡Qué bonito es, querido Ricardo, que de norte a sur y de este a oeste, podamos tendernos la mano algunos amigos! Ante estas cosas (por ejemplo, ante tu encuentro con Benet, del que me prometo mucho) experimento algo así como una tentación de aniquilarme a mí mismo, por lo menos,

una especie de descanso: «Ahí están ellos» y si yo desaparezco lo esencial seguirá sobreviviendo si no en mi voz, en otras que dirán lo mismo en su propio, intransferible, pero a la vez «común tono» [...] Somos amigos, todos somos amigos y estamos unidos en lo esencial, ¿Vamos a dejar que nos separen diferencias que sólo hay que achacar a unas circunstancias por encima de las cuales debemos ponernos?

Es curioso observar en estas cartas, en las que parecen estar por fin reconociéndose, la celebración de cualquier coincidencia que los acerque, como ese instinto literario que los dirige hacia lo ultrapirenaico; en el caso de Celaya obligado además por la posición fronteriza de su ciudad, que invita a ser «puerta abierta» a la literatura extranjera, como reconoce en una carta. Esa debilidad compartida por la poesía francesa –desde los simbolistas como Rimbaud y Baudelaire principalmente, hasta autores contemporáneos como André Gide o Paul Claudel– se vierte asimismo en el compromiso que ambos adquieren con la traducción de textos franceses. Molina le encarga la traducción de los «Psaumes» de La Tour du Pin para *Cántico*, Celaya propone mejor a Paul Eduard, ambos comentan la necesidad de una buena traducción de *Una temporada en el infierno* de Rimbaud, las cartas de Molina contienen a veces versos de autores franceses...

Igualmente coinciden en esa particular necesidad de esconderse tras el uso de pseudónimos para firmar sus diferentes facetas creativas. Le confiesa el director de *Norte* en carta del 10 de agosto del 48:

Necesito los seudónimos; atribuyo en realidad a cada uno de ellos un aspecto distinto de mi obra (o que a mí me parece distinto, aunque según voy viendo no les parece así a algunos). Pero, en último término, mi verdadero nombre es Gabriel Celaya.

Ambos usan distintas identidades para plasmar la variedad de tono, intención, estilo de sus publicaciones, quizás también como reflejo externo de las contradicciones íntimas y vocacionales que ambos vivieron. Gabriel Celaya fue también Rafael Múgica y Juan Leceta, lo mismo que Ricardo Molina firmó sus artículos como Eugenio Solís en *Diario de Córdoba*, y también fue Uriel cuando hizo crítica literaria en la sección de *Cántico*. A este respecto, la lectura de las cartas nos regala la posibilidad de ir desvelando sus complejas personalidades al mismo tiempo que los propios protagonistas. En las primeras cartas, en esas en las que aún no se ha iniciado el tuteo, Molina no sabe del uso de diferentes pseudónimos

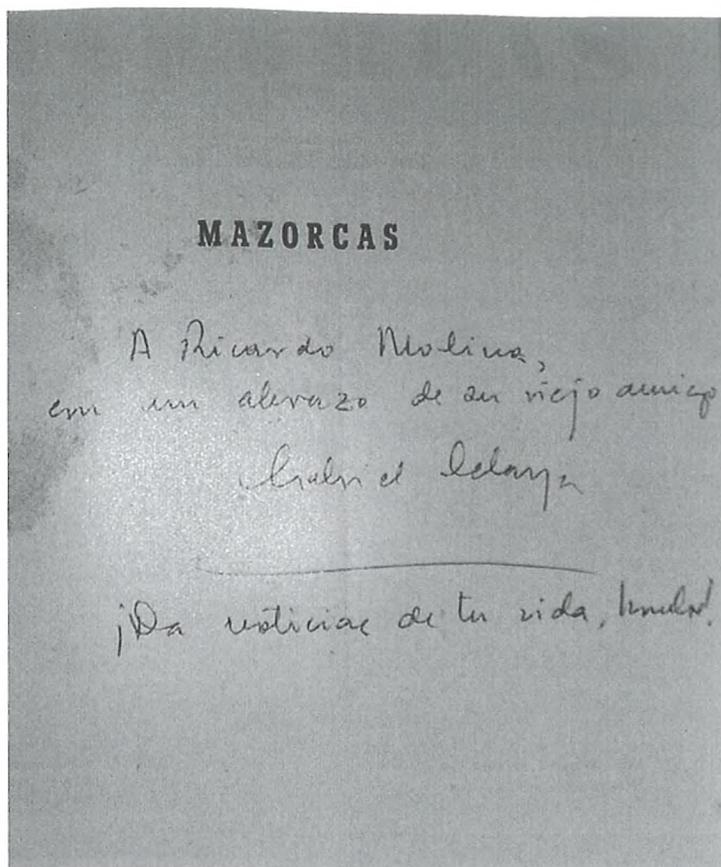


José Manuel Caballero Bonald, Gloria Fuertes, Gabriel Celaya, Ángel González (arriba), Manuel Vázquez Montalbán y José Agustín Goytisolo (Madrid, 1969)

del poeta vasco; de hecho le escribe ingenuamente en su primera misiva: «Me agradaría mucho ponerme en contacto con los poetas de San Sebastián. El libro de *Música* que sólo he hojeado (lo recibí ayer) me ha interesado vivamente.» Y por fin el 23 de febrero de 1948 Celaya le revela:

Te supongo un poco espantado ante esta noticia de que además de *Música* y Celaya también me llamo Leceta. Algunos lo han sospechado pero pocos lo saben aún porque me he esforzado en ocultarlo. Pero a ti no podía seguirtelo callando.

La poesía del vasco irrumpe con su personalidad cíclica en la revista cordobesa. Ya en el número 3, correspondiente a los meses de febrero-marzo, aparece una nota de Uriel sobre «La poesía de Gabriel Celaya» elogiando *sus Movimien-*



tos elementales. En el número 4, de abril-mayo de ese año, hay una referencia a la Colección Norte en el apartado firmado por Molina «Panorama de la actual poesía española» donde se menciona el título *Tranquilamente hablando* firmado bajo el pseudónimo de Juan de Leceta. En el número 5, de junio-julio, reproduce el poema de Celaya: «La fábula del río...» y en el siguiente, el 6 de agosto-septiembre, otro poema suyo: «Paseo» También en la segunda época de la revista se recoge una colaboración de Celaya en el segundo número correspondiente a los meses de junio-julio de

1954: «Empecemos por el principio».

Por otro lado, Celaya se encargó de publicar en *Norte* los *Tres poemas* de Molina en 1948, y se puso en contacto con José Luis Cano para publicar una nota de las *Elegías de Sandua* en *Ínsula* que al final apareció en *Doncel*. De todo este intercambio de material publicado, de los inconvenientes de maquetación, de los retrasos en la imprenta, de la buena acogida de la crítica... dan cuenta detalladamente, como no puede ser de otra manera, las cartas que se envían en esos años de 1948 y 1949.

Sin embargo, desde el punto de vista poético, lo más provechoso de la correspondencia que ambos intercambiaron es la riquísima información que cada uno de ellos ofrece de la producción poética del otro: acertados juicios críticos, minuciosas y sesudas lecturas –sobre todo en el caso de Molina– de los poemas que reciben del amigo desde la otra punta de España. Una muestra aparece ya en la carta que Celaya le escribe a Molina el 2 de febrero de 1948, en la que le confiesa su cercanía a él a propósito de la lectura de sus *Elegías de Sandua*; sobre todo cercanía en el pulso íntimo y auténtico de la palabra que capta la esencia de las cosas, en el ritmo poético que convierte la métrica en canto, en esa fruición

de la palabra por convertirse en un acto necesario, como la respiración. En estas palabras de Celaya presentimos ya muchos versos de sus *Cantos íberos* del 55 «Es algo como el aire que todos respiramos / y es el canto que espacia cuanto dentro llevamos». En el manifiesto entusiasmo por la obra de Molina, está el germen de la mejor poesía social de los 50:

Su voz «me ha llegado». Sus poemas respiran una tremenda autenticidad. Todo me gusta en ellos: su ritmo nacido de dentro más que de formulismos métricos (porque eso y solo eso es ritmo, hablar como quien respira, pulsar la vida directa); su tono, tanto cuando su voz vuela, como cuando se posa sobre esos pequeños detalles concretos de su existencia, que resultan extrañamente conmovedores; y, sobre todo, la autenticidad que todo el cuaderno respira. Ha escrito usted un libro bellissimo y a mi entender, excepcional. Nuestra poesía contemporánea es, en general, buena, pero sus poemas ofrecen algo que, personalmente, suelo echar muchas veces en falta. ¡Enhorabuena!

Y pocos días más tarde, el 14 de febrero, después de haber leído los *Tres poemas* y decidirse a publicarlos en *Norte*, le escribe –empleando ya un claro tuteo– estas elogiosas palabras a su obra:

Querido amigo: Me llegó tu carta del día 5 y, con un poco de retraso, *Tres poemas*. Lo he leído, con ilusión, con fruición personal, y he encontrado, o creo que he encontrado, lo que esperaba de ti: poesía auténtica, poesía porque sí, poesía más allá de toda definición, poesía que a mí, personalmente, quizás demasiado personalmente, me parece que es lo que debe ser la verdadera poesía.

Ricardo responde en el mismo tono en una carta del 22 de junio de 1948 a propósito de la colaboración que Celaya envía para *Cántico*, elogiando de ella el espíritu crítico y analítico de su poema, que gana a cada lectura. Pero Celaya, siempre inseguro y escéptico ante la calidad de su obra, se muestra más generoso y desprendido con la poesía ajena que con la suya propia. Molina entonces insiste y le escribe el 28 de julio de ese año tras la lectura de sus *Objetos poéticos*:

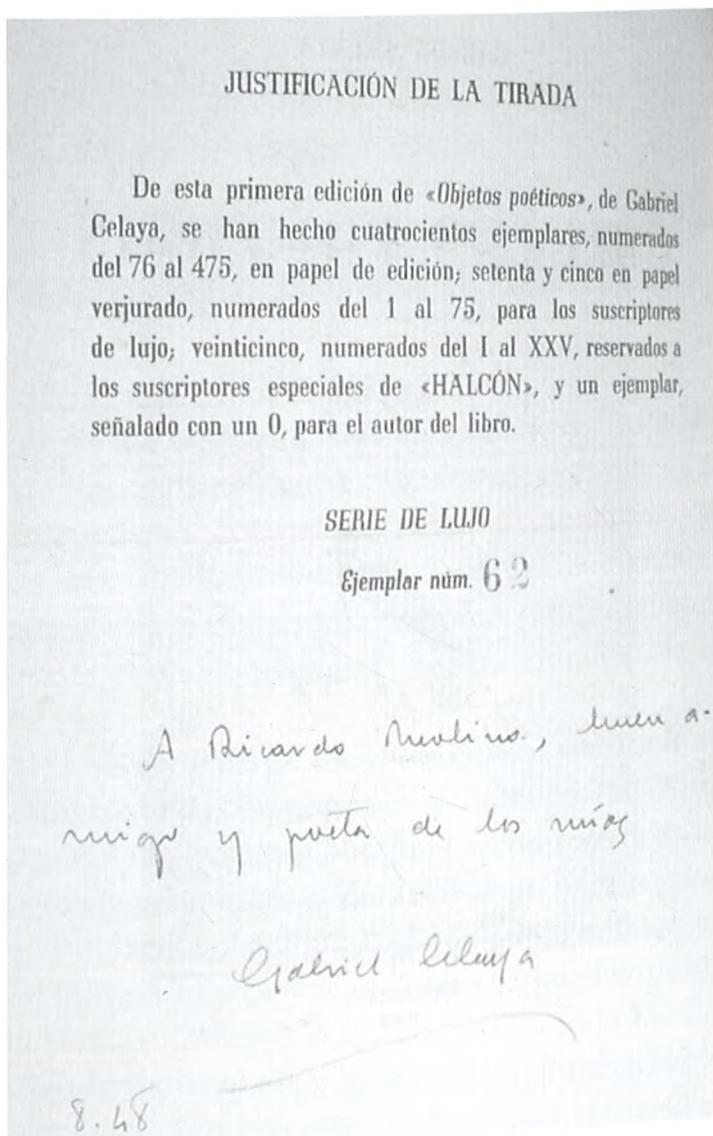
Pero pasemos otra vez a los *Objetos poéticos* y no te admiren ni te pongan en guardia contra mí los elogios que haga de tu libro; porque

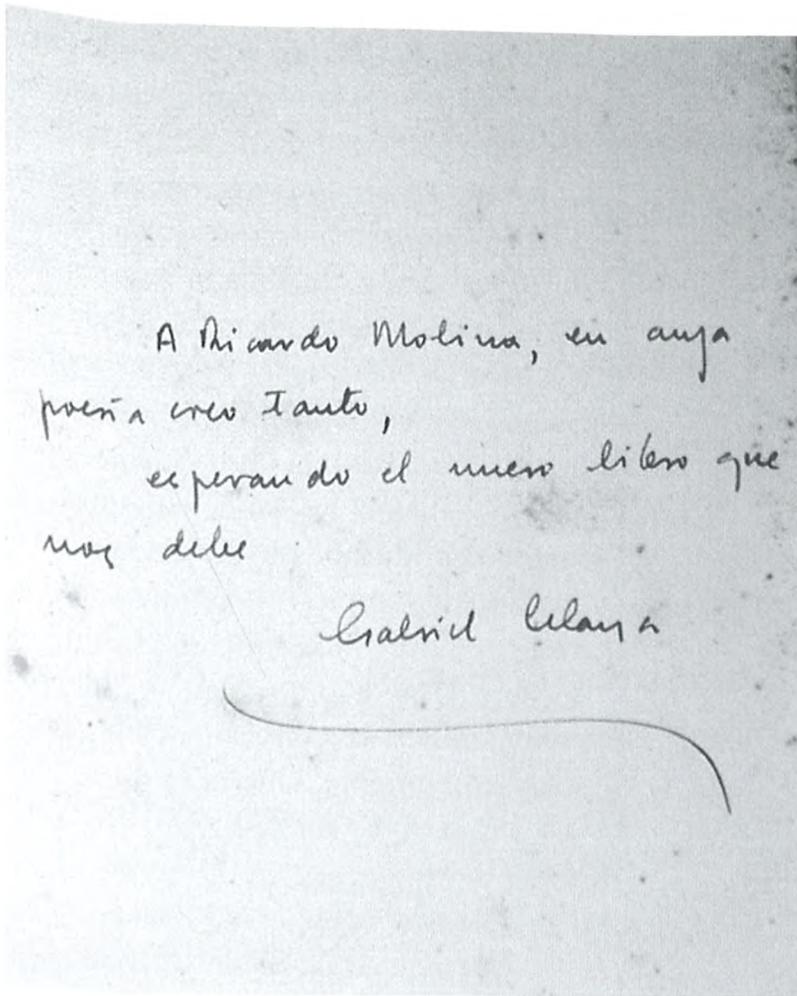
eres el poeta más personalmente modesto y escéptico que conozco. Tus *Objetos poéticos* son un libro del que se podría enorgullecer el poeta más exigente: la intención poética y el sutil análisis se confunden en sus poemas contruidos con un arte medurado y agudo cuya penetración es asombrosa.

La correspondencia no sólo da luz sobre obras publicadas, también revelan, de forma directísima, el proceso creativo por el que atraviesan los poetas –incluidos esos desesperantes periodos de sequía–, reflexiones personales acerca de los derroteros que toma la propia producción literaria, adelantos de futuros proyectos que, corridos los años, vemos que llegaron o no a convertirse en realidades.

Celaya, por ejemplo, el 23 de febrero de ese año del 48, le confiesa a Molina estar tanteando aún su estilo, que le parece por el momento «deliberadamente prosaico» y «anti-literario». Lo vemos en lucha con sus identidades literarias, tratando de encontrar, quizás, la voz única y contundente que terminará fraguando años más tarde:

Yo llevo más de un año sin crear poesía propiamente dicha. Escribo unas cosas que no sé cómo calificar y que firmo «Juan de Leceta». Pero *Tranquilamente hablando* (que es mío, ¿no te lo había dicho?) y *Las cosas como son* (que tengo en trance de publicación) nacen muy de entraña, por encima o por debajo, de lo que yo creo que es poesía en el estricto sentido de la





palabra. Yo mismo no entiendo muy bien el valor o el sentido que tiene esa «manera», en parte cínica y deliberadamente prosaica, en parte anti-literaria de puro directa, y en otra parte poética a pesar de mí mismo, por decirlo así.

Más confesiones en otra carta del 6 julio del 48. En esta ocasión hace una autocrítica de su poesía, subyugada a esa constante fidelidad o «docilidad» –cómo él prefiere decir– a la verdad:

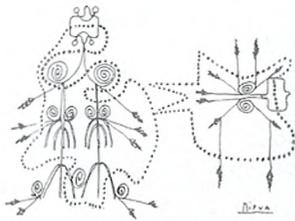
La verdad es que, poéticamente, me siento un poco pálido. Libros como tu *Tres poemas* y *Mientras cantan los pájaros* me hacen sentir que he perdido un poco de empuje y que derivo hacia un intelectualismo resabiado que no me gusta nada aunque he de obedecer a él porque la docilidad a la verdad de mi vida me manda.

Y meses más tarde, el 13 de mayo de 1949, formula ya una breve declaración de principios de esa poesía auténtica, total, que persigue y que culminará en poesía social:

Me parece importante defender una poesía del «hombre total» contra la poesía del artista quintaesenciado, que abstrae de esa totalidad un aspecto, valioso, sin duda, pero parcial.

CANTICO

CUARTO NUMERO EXTRAORDINARIO



EL PRINCIPIO SIN FIN
GABRIEL CELAYA
FEBRERO - MARZO - 1.949

Por su parte Ricardo Molina también hace partícipe a su amigo del macro proyecto poético al que aspira –y que se convierte en su proyecto vital– titulado *La viña florecida*, diseñado, según le detalla en una carta de la primavera del 48, siguiendo el modelo de *Briznas de Hierba* de W. Whitman; una única obra trazada como un itinerario de perfección de teología. «Pero mi libro es, ante todo, de experiencias» le escribe en esa carta, «por eso dudo que me sea dada nunca la gracia de completar la última parte, la unitiva. Si lo consigo, habré terminado mi obra y me habré salvado». Un proyecto ambicioso que lamentablemente no logró culminar. Una obra total, «tal vez superior a mis fuerzas, pero a la altura de mi entusiasmo», escribe el 19 de marzo.

Celaya empieza en estos meses a conocer, a través de las cartas que recibe de su amigo, la verdadera clave vital de Molina: su cisma interno, la lucha constante consigo mismo para equilibrar su profunda condición de hombre entregado al deseo con una no menos honda condición de creyente, obligado a rendir cuentas a Dios de su poesía, por eso Celaya le escribe:

Tu *Viña florecida* me interesa muchísimo. [...] Tienes un itinerario y vas dando pasos por él: no quieres falsificar la vivacidad de lo directamente experimentado pero, como se dice popularmente, «sabes por donde andas». ¡Que tu fe te sostenga hasta el fin para bien de tu poema y de tu más hondo ser de hombre!

Resulta curioso que la fe y la creación literaria se conviertan en tema de conversación epistolar en un poeta social. El 3 de junio le escribe a Molina: «Quizás porque he perdido la fe (¿será una crisis transitoria?) ya no acierto a cantar, y si trato de expresarme caigo en la trampa bien armada del pensamiento».

Las cartas dan testimonio de las crisis personales –no sólo creativas– de ambos amigos: la homosexualidad de Molina, la reciente renuncia de Celaya a su vida burguesa de ingeniero, la lucha de ambos por vencer la impostura, la doble vida a la que cada uno tuvo que enfrentarse, la búsqueda de la autenticidad y la verdad personal, la fe, el apasionamiento y el abandono amoroso... circunstancias vitales que son el trasfondo de sus tanteos poéticos.

En el verano del 49 tiene lugar una íntima declaración iniciada por Molina quien, lamentando el periodo de sequía creativa que atravesaba y tomando unos apasionados versos de *Las flores del mal* de Baudelaire como saludo, le escribe a Celaya:

Que la estrofa inicial de esta carta te explique mi estado de ánimo, el caos amoroso, el vértigo sentimental en que vivo desde hace un mes. En tal dominio apasionado todas las cosas que antes formaban nuestra vida se alejan, ocupando su puesto la imperante, celosa pasión.

Ante esta confesión de amigo le consuela el vasco el 23 de junio:

Tu carta tempestuosa me dice algo de tu ánimo. Y pienso que esta tempestad, aunque de momento sea paralizadora para tu obra más importante, traerá luego para ella un enriquecimiento.

Embebido en la fuerza de un amor que lo absorbe, Molina abandona la creación poética, que sólo alcanza para reunir y corregir los poemas que formarán la obra *Corimbo*, ganadora ese año del premio *Adonais* de poesía. Y abandona, también a los amigos por correspondencia. En noviembre de ese año le escribe:

No puedo quejarme de tu silencio porque seguramente yo soy el culpable. Desde mayo hasta la fecha no puedo luchar contra mí mismo hasta el punto de desatender el presente inmediato y su «loco amor». Interrumpí toda correspondencia.

Iniciado el año de 1954 resurge *Cántico* y se activa de nuevo la relación epistolar entre ambos. Molina rompe el silencio de cinco años ofreciéndole de nuevo la revista para una posible colaboración –que sale en el número 2–, justificando el abandono en que ha tenido a la poesía y a los amigos en todo ese tiempo y confiando en que el proyecto de *Cántico* sea para él su tabla de salvación:

A pesar del silencio ni un instante dejé de ser tu amigo y de seguir con la admiración que merece el desenvolvimiento creciente, arrollador, de tu poesía. He vivido unos años que responden a aquel tiempo y a la pasión aquella de la canción de Rimbaud: *Oisive jeunese / á tout aservie*¹. Sí, subyugado a la vida y a sus turbias pasiones. [...] En un mundo inferior. Trato de reconquistar el mundo alto y de reconquistarme. De nuevo será *Cántico* mi ala.

En ese año de 1954 acaba la correspondencia entre estos dos poetas, o al menos, la que se conserva. Las cartas son documentos frágiles que acusan irremediablemente las embestidas del tiempo y por eso mismo es un prodigio que nos hayan llegado estas, en las que oímos las voces vivas de dos extraordinarios corresponsales que aprovechan el vehículo epistolar para compartir ideas, experiencias y colaborar –a pesar de la aparente distancia ideológica, estética y geográfica– en un proyecto poético común.

Precisamente en este 2016 Ricardo Molina cumpliría cien años –ya se está organizando un programa de actividades en Córdoba y en su Puente Genil natal para conmemorar el centenario de su nacimiento– y qué mejor homenaje al poeta, alma de la revista *Cántico*, que recuperar esta correspondencia con Gabriel Celaya, en la que se constata el encuentro fraternal entre la poesía del norte y del sur en aquel difícil panorama español de posguerra.

1 Juventud ociosa /esclavizada a todo.